

Lo que perdimos todos los mexicanos el cuatro de enero
SERGIO BERLIOZ

El miércoles 4 de enero amaneció nublado para los mexicanos, alas 8:17 horas, la avioneta Piper-Star 60, con matrícula N720-MEN se desplomó en el cerro Lomas del Carril, a escasos seis kilómetros del aeropuerto de Cuernavaca, Morelos. Deforma instantánea moría el músico e intelectual mexicano más grande que hemos tenido: Eduardo Mata, y también en forma instantánea perdíamos al embajador por excelencia (sin olvidar a Carlos Fuentes), con que contaba nuestra cultura.

La noticia se da a conocer en todo el país y con ello la dimensión de pérdida. Al reconstruir unos esbozos biográficos, la prensa conoce, en su mayoría, al gran personaje y se recuerda que la aventura del mundo de la música culta nacional es un campo desconocido para gran parte de la población. Un porcentaje muy elevado de mexicanos no pueden calibrar en su justa medida la noticia, ya que para ellos Eduardo Mata no es más que un ilustre desconocido, apenas reconocido por un anuncio de una bebida. La conmoción dura poco, al día siguiente de su trágica muerte, los restos de Mata son llevados al Palacio de Bellas Artes para un último homenaje durante dos horas, que suenan insignificantes ante los dos días que permanecieron los restos de Cantinflas en el mismo lugar. Familiares, amigos, admiradores, músicos, público y autoridades desfilan ante el féretro y lloran, dejando de ser un acto oficial y tomándose en una genuina muestra de dolor ante una pérdida irreparable; mientras, afuera del recinto, México pasaba de largo, ajeno a la labor de toda una vida productiva que le dejó una tangible herencia ~~de profesional~~ ismo artístico y lucidez dignos del primer mundo.

Lejos de hacer un recuento de su vida y enlistar todas las agrupaciones musicales de las que estuvo al frente, al mismo tiempo que la lista de grabaciones que sólo nos dejan una sombra de la experiencia que era verlo dirigir en vivo, quisiera dejar la palabra al propio Mata, y con ella traducir su pensamiento musical en esta recopilación de entrevistas en diferentes medios y de su tan citado y comentado discurso de ingreso al Colegio Nacional. Espero que el ensamblado de este brillante rosetón de ideas sea una invitación ala audición de las interpretaciones de Mata o, en otras palabras, una provocación calculada.

De la educación

Eduardo Mata entendió, como muchos otros intelectuales, que la clave del desarrollo real e interno de una nación está en la educación. Antes de hablar de arte habría que trabajar el ambiente idóneo para su sano crecimiento: "Es imperativo —dicta Mata en su discurso de ingreso al Colegio Nacional— integrar programas de educación artística elemental a la enseñanza primaria, para conectarlos luego con las escuelas de iniciación artística que ya existen operando deficientemente. Hay que examinar, con rigor implacable, los planes de estudio y funcionalidad de las escuelas profesionales, para hacerlas trabajar de acuerdo con las necesidades urgentes del país. Cada día perdido en el estancamiento de nuestro maltrecho aparato de enseñanza musical profesional significa, en la práctica, años de retroceso y la negación de oportunidades a nuestros jóvenes aspirantes a músicos, que tanto

necesitamos". Quizá algunos de los postulados de esta cita resultan harto conocidos por la demagogia oficial, pero el sentido es diferente. Mata fue uno de los más importantes impulsores del llamado "Plan Venezuela", que se concretó aquí con "Coros y Orquestas Juveniles de México". Plan maestro que ha tenido una cobertura a nivel nacional.

Los hechos del célebre plan son la creación de una necesidad cultural y musical en ese país latinoamericano a partir de la formación de orquestas infantiles y juveniles amateur, enfrentando la música en forma tangible y no sólo teórica, como tradicionalmente se venía haciendo. Base de este proyecto ha sido la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar, de Venezuela; hoy por hoy la mejor agrupación de su tipo en toda América Latina. Emulo de ésta, en nuestro país, es la Orquesta Sinfónica Carlos Chávez. Mata me comentó en una entrevista realizada hace tres años, cuando dirigió a esta última, la dinámica del macro proyecto: "Son proyectos que pueden cambiar la fisonomía del país. Ya el de Venezuela está cambiando la fisonomía sociológica del país, y espero que en México pueda tener la misma fuerza para ejercer un cambio así, violento, grande —para bien, claro—, en la fisonomía de la educación artística básica (...). El Programa de Coros y Orquestas Juveniles de México es un programa para despertar vocaciones, pero no solamente para eso, sino para que los muchachos tengan una experiencia artística viva; si después de eso se desarrollan y surgen vocaciones, aunque sea un mínimo porcentaje, qué bueno; pero entonces hay que tener las escuelas de educación media y superior listas para recibir ese cúmulo de jóvenes que tienen vocación y talento a este nivel y si no existen escuelas buenas, pues entonces vamos a frustrar el proyecto ya que no hay continuidad"²

De la educación artística

A principios de la presente década, el sueño de Mata de hacer una escuela de música que respondiera a estas expectativas de excelencia académica, estuvo a punto de ser cumplido, ya que el Conservatorio de Las Rosas de Morelia lo propuso como su director. Conflictos posteriores frustraron la realización de esta importante empresa. Mata, en numerosas ocasiones señaló que la tarea para realizar una necesidad musical y cubrir la demanda de músicos de excelente nivel, requiere de tiempo: "Una generación, para acabar pronto. La música es una disciplina muy difícil. Es acumulación de tiempo, de experiencia, es como las horas de vuelo de un piloto" —le comenta a Martha Anaya en una entrevista realizada en 1982—. Y concluye: "En los conservatorios se quiere empezar por foliar concertistas y el resultado es la frustración en muchos de ellos. Mientras no cambiemos eso va a ser sumamente difícil"³.

El rito iniciático

Pero ante todos estos planes a medio cumplir, promesas pendientes que Mata no verá realizadas, está su sabio ejemplo como intérprete: "En un mundo plagado de virtuosos preocupados por su brillo personal (hay que) aprender humildad y hacer un verdadero sacerdocio del respeto al compositor"⁴. Para Mata solamente existía una misión y un objetivo a la hora de hacer música, y era la realización más cercana de la idea musical original del compositor.

Esta característica fue el motivo que atrajo la atención y después la admiración de miles de personas, además de su impactante personalidad y seguridad que él definía en forma ajena a la "magia personal" y al egocentrismo barato: "Lo que distingue al verdadero líder es la capacidad de comunicación a través de los medios puestos a disposición del director; gesto, palabra, y fundamentalmente la autoridad que emana de la seguridad en el conocimiento de la partitura"⁵. Definición de autoridad que, con pequeñas variaciones, puede ser aplicada a cualquier disciplina.

Estas razones fueron las que trajeron a una nueva generación a la música de concierto entre los años 1966 y 1975, cuando Mata dirigía la Orquesta Sinfónica de la Universidad, hoy Orquesta Filarmónica de la UNAM: "Somos muchos —comenta el periodista Pablo Espinosa—, una generación completa, quienes debemos a Eduardo Mata el rito iniciático en la música de concierto. El orgullo de ser universitarios tenía un santo y seña de lujo: los conciertos de Eduardo Mata".

El intérprete

Independientemente de su labor creativa realiza en los años sesenta, sus proyectos de promoción de la música, en especial la de vanguardia, y en los últimos diez años de su vida el periodo barroco. Mata, ya centrado en los problemas tangibles de la realización musical, comentó a Mario Lavista y a Leonora Saavedra, en una entrevista realizada en 1983, la actividad del intérprete: "Siempre he pensado que la misión del intérprete consiste en estar al servicio del compositor (...). En realidad, el intérprete asume la voz del compositor, se identifica con él, lo cual puede ser una carga tremenda sobre sus hombros. Cuando, por ejemplo, uno está dirigiendo una sinfonía de Beethoven, es necesario, para poder asumir la voz del compositor, situarse desde la partitura, no ante la partitura; con ello se contrae un compromiso muy serio con uno mismo. Se da uno cuenta de que nunca se acaba de estudiar una obra. Nunca sientes que sabes lo suficiente, no ya para traducir, sino para decir. Es evidente que uno no traduce una obra, sino que la dice, asumiendo la voz del compositor o, por lo menos, intentándolo. Y esa es la grave, la terrible responsabilidad del intérprete. La música no existe en el papel, de la misma manera que una heliográfica de una obra arquitectónica no es la obra".

Para Eduardo Mata, antes que director de orquesta se debe ser un músico completo. En otra entrevista, realizada por Carla Zarebska, que próximamente será publicada en una antología titulada *Personajes mexicanos. Retratos*, Mata responde a la madurez interpretativa, a la sustancial diferencia de óptica al tocar una misma obra 20 años después: "Marina —la compañera de Mata en los últimos años de su vida, y compañera del viaje en que encontraron juntos la muerte— me comentaba que cuando regresa a un libro que leyó hace cinco, seis o diez años, le sorprende haber subrayado cosas que le parecían importantes, y que ahora no lo son tanto. Tu visión no es igual cuando lees un libro a los 30 años que cuando lo haces a los 50, después de todas las experiencias que pudiste haber tenido. En la música es igual. He usado colores para marcar mis partituras, las subrayo para entender los matices; entonces, para mí, es una confrontación con mi propia inmadurez, con mi propia inexperiencia, el sacar mis partituras que dirigí hace 20 años y encontrarme

con esos subrayados y las indicaciones. Generalmente tengo que comprar partituras nuevas y empezar desde cero. Hay ocasiones en que las cotejo y digo: pues sí, tenía razón, pero la mayoría de las veces es lo contrario. Me digo: cómo pude ser tan ciego, cómo se me pudo haber escapado eso que estaba tan claro"⁸.

No habrá final feliz

Toda esa sabiduría añejada, plena, emotiva y vital se detuvo en un duro golpe que segó la vida de un hombre de 52 años, la edad en que el director de orquesta inicia la plena madurez interpretativa. Eduardo Mata (1942-1995), el más importante director de América Latina, director emérito de la Orquesta Sinfónica de Dallas, Texas, y según los más reconocidos críticos musicales, uno de los veinte directores vivos más importantes de nuestro tiempo, se ha ido. El dolor es inmenso porque se desvanece la máxima autoridad musical de Latinoamérica, o en palabras del pianista Alberto Cruz Prieto, el día del homenaje nacional: "¡Todos los músicos hemos quedado huérfanos!". ¿Qué nos queda hacer ante esta tragedia? Mantener su memoria realizando lo que él quiso hacer en nuestro país. Herencia más valiosa que la de limitamos al recuerdo del intérprete, hoy, perteneciente, desgraciadamente, al pasado

¹ Mata, Eduardo, *Discurso de ingreso al Colegio Nacional*. Revista Pauta, núm.12, Universidad Autónoma Metropolitana/Instituto Nacional de Bellas Artes, México DF. 1984, pp. 12 y 13

² Berlioz, Sergio, "De primer mundo las artes en México", entrevista con Eduardo Mata. Revista de Revistas de Excélsior, núm.4274, 1991, p.51

³ Anaya, Martha, "En México es difícil que un director orquestal obtenga reputación, por el medio tan raquítico", entrevista con Eduardo Mata. Diario Excelsior, sec. Metropolitana, 19 de mayo de 1982, p.1.

⁴ Leonora Saavedra y Mario Lavista, "En pos del lenguaje", entrevista con Eduardo Mata. Revista Pauta, núm.9, UAM, 1983, p.74

⁵ Ibid. p.74

⁶ Espinosa, Pablo, "Un músico de la modernidad (1942-1995)". Diario La Jornada, 7 de enero de 1995, p.26

⁷ Véase "En pos del lenguaje", op.cit., pp.73 y 74

⁸ Zarabska, Carla, "Asumir la voz del compositor es el deber del intérprete", entrevista con Eduardo Mata. Diario La Jornada, 7 de enero de 1995, p.25

Compositor y musicólogo. Maestro de Historia de Arte Comparado de la Universidad de las Américas (Puebla).